

de pueblos primitivos amantes de la paz, con los modos de actividad cooperativa que se observan en sus empresas industriales y en sus ritos y sports.

3) Las expresiones emocionales del niño y del adulto indican un ulterior desarrollo, que no basta explicar la mera sociabilidad espontánea. Está señalado por la adopción, con ciertas modificaciones de las reacciones emocionales de los períodos espontáneo é instintivo, por lo cual se ve de un modo indubitable su origen; pero esto sirve como de introducción á un período posterior, que en el desarrollo del niño tiene su base en la conciencia de sí mismo. Son muy llamativas entre las demostraciones emocionales que caracterizan este período, las expresiones modificadas de modestia y simpatía que acompañan á la conciencia de sí mismo. Este período, es el «reflexivo».

4) El impulso general de la sociedad, común á todas las manifestaciones de la vida cooperativa, produce por sí mismo una emoción que aparece en el fenómeno de la «imitación plástica», y que alcanza su forma extrema en la acción de las multitudes. Este es un indicio de que la sociabilidad obra por imitación más bien que la causa de esa imitación ó que su producto principal (1).

(1) Esto contradice directamente la opinión (Ball) de que mi crítica de la acción de las multitudes contradice mi teoría de la organización social (véase en esta tercera edición la nueva sección 334 que define el papel de la imitación).

CAPÍTULO VII

Su inteligencia (1).

El examen precedente de la dotación instintiva emocional del individuo social, ha revelado la presencia en él de algo que no está expresado adecuadamente en las formas de los reflejos heredados. El desarrollo del niño nos ha mostrado también sus progresos, desde sus reacciones heredadas hasta una esfera superior de invención y educación de sí mismo, á la cual hemos dado el nombre de «reflexiva». Todas estas pruebas de un elemento superior humano que prolonga, utiliza y gobierna las facultades de su naturaleza orgánica, y que regula las reuniones de hombres para actos razonables de naturaleza cooperativa, nos invitan á un examen más directo. Convendrá, en primer término, tratar de llegar á una comprensión de la naturaleza y esfera de acción de esa inteligencia, para desentrañar después más especialmente lo que significa en la vida social.

§ 1.—NATURALEZA DE LA INTELIGENCIA

159. No nos podremos detener mucho tiempo en el primero de estos puntos, porque pertenece á la psicología teórica, y porque algunas obras recientes nos han dado los prin-

(1) El objeto de este capítulo no es más que dar algunas observaciones empíricas acerca de la naturaleza social y usos de la inteligencia.

cipios genéticos que sirven para colocar la inteligencia dentro del campo de la historia natural. Algo, acerca de su carácter, se ha visto ya también en el capítulo sobre la «Invencción». Los fines á que sirve la inteligencia en la economía del desarrollo personal, pueden exponerse en términos tan generales que no sean motivo de refutación por parte de las teorías opuestas. Expondré estas funciones generales de la inteligencia en los puntos siguientes:

1) A la inteligencia se debe la formación de los conocimientos complejos. La simple percepción de una cosa supone cierto grado de inteligencia; grado que los animales poseen. Poseen asimismo los animales la asociación de ideas y una tendencia á ver sus percepciones en sistemas relacionados ó clases generales; la afirmación que yo acabo de hacer, por consiguiente, no se refiere á una propiedad humana *en sentido exclusivo*. Pero si preguntamos hasta dónde llegan los animales de hecho en el desarrollo que da á la inteligencia su utilidad, tendremos que decir, que *no muy lejos*; es decir, no muy lejos, si se les compara con el hombre. Y la limitación parece estar, por el lado intelectual (1), precisamente en esta facultad de ver las cosas en grupos, como situaciones complejas, con relaciones de extensión y contenido generales, las cuales requieren para mantenerse el uso de símbolos tales como los que se ven en su forma más desarrollada, en la palabra. Así, pues, *la capacidad de pensar en términos generales, usando símbolos que abrevian y condensan los sistemas parciales de asociaciones*, es la primera característica de la inteligencia, tal como se encuentra en las funciones sociales humanas.

2) La segunda cosa que hay que decir sobre la inteligencia es correlativa con la primera. *La inteligencia es la guía para la acción en las situaciones complejas*. Todo conocimiento tiende á provocar la acción. Aun los reflejos instintivos ne-

(1) Este es otro aspecto de la incapacidad de los animales para juzgar con referencia al yo, incapacidad de la cual se habló en la sección 86.

cesitan ser iniciados por un proceso sensacional que descarga á través de los músculos. La percepción de un objeto impulsa al animal á obrar. Y encontramos que cuanto más complejos son los conocimientos ó las percepciones, más complejas y variadas son las acciones. Y la variedad se muestra en una cierta manifestación de *acciones alternativas ó «electivas»*, como decimos de las formas superiores de la inteligencia.

Además, en presencia de esta posible variedad y elección, podemos preguntar por el motivo ó razón—la porción particular de conocimiento—que tiende á producir un acto de un cierto género, llamado el «fin» de la acción. Es característico de la inteligencia el que los actos á que da impulso estén dirigidos hacia ciertos fines; el que sean apropiados para realizar todo ó en parte, directa ó indirectamente, los sucesos ó situaciones que el conocimiento pinta. Si lo hace directamente, decimos que el movimiento reproduce el objeto sobre el cual piensa el actor. Esto es muy claro en una reacción de imitación simple, en que el niño hace realmente que sus manos ó lengua reproduzcan la figura ó el sonido que ve ó oye hacer á otro. Si la reproducción es indirecta, la acción no es más que *un medio para un fin*; solo un primer término en una serie de actos que vienen á acabar en la reproducción ó la realización de la situación pintada en el pensamiento. Una inteligencia que progresa, aprende rápidamente á guiar sus conocimientos por los caminos adecuados á la realización de los fines pensados, y demuestra la capacidad de usar los medios propios para sus fines.

Desde luego es evidente, para el psicólogo, que esto constituye una exposición abreviada de la inteligencia. Así es, en efecto. Pero no pretendo justificar ninguna teoría de la inteligencia. Esto lo hacen los libros, y á ellos dejo la justificación de los puntos expuestos y su demostración genética. Yo no hago más que establecer los hechos de la inteligencia en los términos más sencillos, para hacer uso de ellos en lo sucesivo. Nadie negará que la inteligencia nos proporciona conocimientos generales y abstractos; ni que

nos valemos de nuestra inteligencia para adaptar los medios á los fines. Si alguien lo duda, que observe al idiota ó al niño como ejemplos de la incapacidad de hacer una ú otra de esas cosas, y que observe después al mismo idiota y al mismo niño, y vea cómo aprenden igualmente á hacer ambas cosas, y entonces tendrá todas las pruebas necesarias. Si quisiéramos reunir los dos puntos en una frase, procurando una sola definición de la inteligencia que responda á nuestras necesidades actuales, diríamos: *la inteligencia es la capacidad de comprender las situaciones complejas y de saber cómo se debe obrar de acuerdo con esas situaciones.*

160. Hecha esta brevísima y esquemática exposición de la inteligencia, podemos reanudar nuestro camino y observar que el desarrollo del niño, al aprender á saber de sí mismo y del mundo, tal como se ha descrito en el primer capítulo, no es más que el desarrollo de su inteligencia. Vimos entonces que sus invenciones eran siempre precisamente adquisiciones de conocimientos más amplios y más complejos, y vimos también que las pruebas y los obstáculos en todo el proceso eran precisamente las excitaciones á la acción por medio de las cuales aprendía á usar lo que había aprendido. La complejidad de la comprensión y la adecuación de la acción, son los dos puntos de interés y de valor en todo su desenvolvimiento. Pero la nueva definición de cada uno de estos aspectos de la inteligencia, suscita una nueva cuestión. El sistema actual de conocimientos del niño, aparte de las relaciones más ó menos fijas con la naturaleza externa, es aquel sistema á que le conduce su herencia social. Hemos visto cómo constantemente marcha por los caminos que ante él abren los usos de la sociedad, las tradiciones de sus mayores, las formas de la literatura á su alcance, etc. Le es imposible construir por sí mismo su sistema de verdades, y hasta los progresos que su pensamiento hace por sí sólo, están constantemente sometidos á las pruebas sociales, antes de que los acepte como adquisiciones válidas y permanentes. Hay, pues, un abundante elemento social, en las verdades que cada individuo aprende;

de; y él mismo atestigua constantemente el poder que ejerce sobre él, pidiendo la confirmación de esas verdades á la sociedad. Así, no nos debe extrañar que su acción refleje, tanto el aspecto social de su pensamiento, como el aspecto puramente personal; que viva normalmente como un individuo social en el medio social.

Esta suposición nos lleva á pedir con más apremio una definición del otro aspecto de su inteligencia: el que se refiere á los fines de la acción. Y el intento de responder á esta exigencia adquiere un interés mayor por el hecho de que es una cuestión histórica, y de que el examen y crítica de muchas teorías sociales, hoy en juego, solo es posible cuando se obtiene alguna solución seria á aquella cuestión. Nosotros podemos reducirla á dos problemas principales: primero, ¿Cuál es el fin que persigue la acción inteligente? y segundo, ¿Qué clases de acción son razonables en vista de aquel fin?

161. Al discutir estos problemas, no estamos obligados á construir una filosofía de los fines, ni á poner paz en las disputas que sobre el asunto se suscitan. La principal discusión actual gira alrededor de la suposición de que una ú otra de estas opiniones es cierta, con exclusión de la otra. Unos dicen que el fin de la acción está revelado por la acción; que el fin no es más que la afirmación del término final de la acción misma; que la inteligencia tiene su historia natural, como agente que es de la evolución de la humanidad, y que, por consiguiente, el fin de la inteligencia, como el del proceso mismo evolutivo, solo se descubrirá cuando se vea el resultado real. La cuestión para esta teoría es una cuestión de hecho, que depende, en todo caso, de la verdad de la teoría genética del espíritu. Es la teoría de la *autonomía*; el hombre, como un todo, se da á sí mismo las leyes, porque no recibe ninguna ley que no sea el producto del proceso de desenvolvimiento que él mismo representa.

La otra teoría sostiene que el fin de la acción está impuesto al hombre por algo instrumentalmente exterior á él. Esta teoría mantiene la *heteronomía*. El fin es un fin real y

absoluto, cuyo cumplimiento está encomendado al hombre, nazca naturalmente en su espíritu ó no.

El cuerpo de doctrina ya expuesto en este ensayo, descansando como lo hace en la posición general de que todo producto psicológico debe tener su historia natural y sus grados preliminares, y de que toda función ó actividad debe tener su *raison d'être* en un contenido que normalmente la suscita—nos obliga á admitir la teoría autonómica. El fin de la acción debe ser función del contenido que suscita la acción. El perro obra según sus percepciones; es lo mejor que puede hacer. El hombre obra según sus conceptos con fines muy alejados de él en el espacio y en el tiempo; puede hacer esto porque es capaz de sentir el valor de lo distante y lo general. La naturaleza del conocimiento, pues, es la que determina la clase de la acción; y la acción debe terminar según aquel conocimiento; no sobre ningún otro, sea éste mejor ó peor.

Al aplicar este principio examinando los conocimientos que encontramos alrededor de nosotros donde quiera,—en el animal, en el hombre, en la sociedad,—podemos distinguir tres clases de fines, que se ofrecen como fines funcionales para la acción en el sentido que yo he expuesto. Representan tres grados en el progreso del espíritu. Podemos decir que los fines de la acción son al principio *impersonales ú objetivos*, después se hacen *personales ó subjetivos*, y por último, y á la vez que los anteriores, son *sociales ó efectivos*. Describiremos estos términos con más detenimiento.

§ 2.—INTELIGENCIA IMPERSONAL

162. La distinción entre la conciencia que no reflexiona sobre sí misma, que no tiene idea de un yo como ser aparte y como origen del mismo pensamiento que lo piensa, y la conciencia que tiene esa referencia á un yo personal ó pensante, ya se ha explicado completamente, así como también se trazó el desarrollo del pensamiento de ese yo. La acción de una conciencia, pues, de carácter impersonal—la conciencia que

no posee ese pensamiento personal—no puede, naturalmente, tener como fin ú objeto ese yo. Si el yo no puede ser pensado, *ipso facto* no puede ser propuesto como el fin de la acción. La acción es una función del pensamiento contenido en ella, y si en ella no hay el pensamiento de un yo, éste no puede producir la acción. Por el contrario, el pensamiento contenido en una conciencia de este grado es siempre el pensamiento de un objeto, de esta ó la otra cosa del mundo; la acción termina en esto, y en esto acaba todo el influjo de la conciencia sobre la acción. Naturalmente, nosotros, los que discurrimos sobre cuestiones filosóficas, preguntamos, en primer término, cuál es el lugar de esta acción en el sistema de reacciones orgánicas que explica la teoría de la evolución, y llegamos quizá á la conclusión de que se elige y se repite la acción que produce placer; y de este modo llegamos á decir que el objeto de la acción es el placer. Pero este es un fin para la filosofía, no para el animal. Este no se para á buscar el placer ni á distinguir sus acciones fundándose en semejante base hasta que consigue establecer cierta asociación entre la acción y el placer que le proporciona. Y entonces no reflexiona sobre el placer ni se decide á buscarlo. Encuentra que su reacción impulsiva hacia el placer es una función de la memoria del placer, del mismo modo que la reacción sobre los objetos es una función de la percepción de los objetos.

163. Pero ahora podemos ver que corresponde á la selección natural el determinar el género de acción que encontrará su satisfacción más radical en el mundo por medio de este pensamiento impersonal. Como hemos visto, esto ha exigido, en efecto, que la familia hiciese su aparición; y esto, á su vez, exigió que las acciones del tipo llamado cooperativo estuviesen presentes. Así nacieron los instintos animales de una especie cuasi-social; pero aun los instintos complejos de familia y de cooperación de los animales no suponen un pensamiento personal, consciente de sí. Le presentan en relación adecuada con el contenido objetivo de la conciencia y son siempre función de ese contenido. Los instintos, por des-

proporcionadamente que parezcan estar representados en las actuales experiencias personales que los provocan, parecen haber nacido por la adaptación progresiva del organismo á los estímulos del medio. La conclusión, pues, es que estos son también actividades impersonales. No tienen un fin personal; ni el *ego*, ni el *alter*, propiamente tales, se dan en el animal. El significado actual para él de sus actos es simplemente que ocurren; y su significado en la doctrina de la evolución está determinado por la reunión compleja de condiciones de que forman parte las acciones de que hablamos.

164. Así, cuando pasamos á la segunda pregunta (comp. Sec. 160) referente á la acción resultante de semejante conciencia, la cuestión de cuál sea la acción «razonable», encontramos cierta dificultad. El concepto de razonabilidad no es de ninguna manera aplicable, puesto que el animal no es capaz de razón. Si no se le ofrecen acciones sobre las cuales establecer un juicio referente á su adecuación para cumplir un fin, no puede hacer otra cosa que obrar según el contenido mental que adquiere en el momento de recibirlo. Todos los estímulos descansan en la misma base. Si deja de obrar en cada situación según su percepción que aquella situación le dicta, no es más que un enfermo ó un mutilado. Esto es todo lo que podemos decir; no hay nada de relativa razonabilidad en sus acciones. Así, como resultado práctico, hemos de afirmar que las acciones cooperativas en que se apoya la vida de familia, quizás á expensas de su propia vida—como en el caso de la madre que muere de hambre para que sus hijos puedan comer,—son tan razonables como las acciones con que satisface su apetito personal. En cada caso su contenido mental se resuelve en actividad, y las diferentes actividades son expresión idéntica de su naturaleza.

Esta evidente neutralidad—v. gr., la del perro sociable que corre al lado de mi caballo—con respecto á cualquier grado posible de la razonabilidad de su acción, debe hacerse resaltar aquí aunque nadie lo contradiga, probablemente para que cuando llegemos á la cuestión correspondiente acerca

de los grados superiores de la conciencia, podamos echar mano de esta especie de analogía en nuestra ayuda. No hay la más remota diferencia entre las acciones de un perro cuando pierde su vida por salvar mi vida ó la vuestra, ó cuando se procura diestramente la comida robándome una pierna de cordero. Las dos acciones son igualmente razonables desde el punto de vista del perro, porque cada una es una medida exacta de su estado mental en aquel momento. El hombre que se ahoga es su fin en un caso, porque es su amo el que se ahoga, y la acción sigue á aquella situación; en el otro caso, ve y huele la comida, y la acción viene inmediatamente.

165. El caso correspondiente es claro en el hombre. Hemos encontrado también en éste muchas acciones á las cuales no es aplicable el dictado de razonable ni el opuesto. Todas las acciones que comparte con los animales, en cuanto representan tendencias que á su pensamiento racional, á su inteligencia no corresponden, son de ese carácter. Esta época en el desarrollo humano se ve en el niño hasta los tres años próximamente, cuando empieza á hacerse reflexivo. No culpamos al niño porque obre según sus impulsos. No decimos que no es razonable porque no usa ciertos medios para ciertos fines, ni que es razonable porque ejecuta ciertos fines, gracias á los medios naturales que comparte con el animal, y por los cuales á veces consigue los fines sin los medios correspondientes. No es más que un sér de sugestión, de acción según su contenido, de acción de primera intención, como dicen los filósofos. Y además, es cierto de él, como lo es de los animales, que el fin á que sirven sus acciones—los fines objetivos á los cuales nuestra filosofía encuentra que sirve toda su vida—depende del examen de los datos que el proceso de la evolución entraña en este grado particular. Si las actividades del instinto cooperativo son tan evidentes como las del personal, el fin del proceso de la evolución debe concebirse como incluyendo estas dos clases de datos. Y el aspecto razonable de la evolución, el fin que se propone alcanzar, debe ser lo bastante amplio para contener estos dos